

## Otra vuelta de tuerca

He tenido tiempo para pensar. Pues, meditar ha sido todo cuanto he hecho. Los recuerdos llegan tan difuminados, tan fragmentados, que recomponerlos es una tarea compleja, difícil hasta el punto de no ser otros mis pensamientos. Claro, que el estatismo de mi nueva existencia lo ha facilitado. La inmovilidad, a la que ya me resigné, provoca que aquí recordar sea mi única tarea. Un recuerdo complejo, descompuesto en imágenes que, como piezas de una turbina motriz, hay que buscar, acoplar, enroscar y cerrar. Abrir la memoria es fácil, ordenarla no. Hay escenas proyectadas que en mí colisionan, se devoran y, superpuestas, se arrancan principios y finales. Se amontonan mutiladas junto a montones de palabras, cuyo significado cada día me resulta más

complejo.

Tardé poco tiempo en dominar la lengua mecánica. Sin embargo, a medida que progresaba en su conocimiento, avanzaba también mi desconocimiento de aquella otra utilizada en el mundo de los de afuera. Por otra parte, ciertas palabras, ya de entrada, resultaron, aquí dentro, completamente inútiles. Recuerdo que, al poco tiempo de venir, tiré desde lo más alto del émbolo el primer saco de vocablos innecesarios:

TIEMPO

HORA

AHORA

AMOR

Forme con todo ese material una montaña de residuos lingüísticos justo detrás del circuito sobre el que estoy.

Entonces, todavía albergaba la esperanza de escapar. Debía ser la tercera o cuarta noche, ya iniciada la morfosis. Pues, fue en el séptimo sueño cuando adquirí mi definitiva estructura de arandela. En siete sueños me modelé. Siete noches tortuosas. Recuerdo el principio: me resistía. Era consciente de que cada noche me hundía más y más. Me aferré a la vigilia de una manera desesperada. Mantenía obstinada los ojos abiertos, y luchaba parpadeo tras parpadeo. A veces apretaba la almohada, como si pudiera estrangular con ella mi pesadilla. Pero era inútil. Tan sólo conseguía evadirla por un tiempo. Y de nuevo, a la noche siguiente bastaba un descuido para penetrar de nuevo en el infierno de tornillos, tuercas y motores. Yo rodaba. Rodaba entre engranajes hasta caer en extraños mecanismos.

Subían y bajaban en perfecta sincronía, y me lanzaban al engranaje inferior. Desde allí despertaba empapada en sudor, con las piernas encogidas, la cabeza sobre las rodillas. Describía en el colchón un círculo perfecto.

Y la ...<sup>1</sup> noche acabé encajando en un tornillo de rosca golosa. Ya no hubo más engranaje ni más descenso. Fueron suficientes dos vueltas consecutivas, un completo paso de rosca y quedé sometida para siempre a la ley del tornillo:

$$P. 2n r = R . h$$

Una ley inexorable. Impuesta por el grupo de los tornillos de punta afilada y cabeza partida a cuantos tornillos espárragos, pernos, arandelas y tuercas habitan este engranaje. Su

estructura y organismo ha sido ampliamente estudiado por el sabio entre los sabios, Tornillo de Arquímedes. En su espiral se enrosca toda la ciencia cinética. Podría explicar con detalle el funcionamiento de cada una de las piezas, de cada uno de los circuitos, razonar todas las conexiones. Y sin embargo, desconoce la fuerza que produce el movimiento. Pues tal verdad está reservada a un ente invisible y SOBREMAQUINAL. Nadie niega su existencia, pues sólo él puede explicar el movimiento que cada uno y todos a la vez producimos. Yo creo, y también otros, entre ellos dos tornillos presos, que debe ser luz. Sí, tan luminoso y tan brillante, que pudiese con una sola mirada devorar esta horrible oscuridad. Una negritud, cuya densidad comparable a un mar de grasa, atrapa nuestras formas aceitosas y frías. Sumidas en ella

desde y hasta un tiempo indefinido.  
Pues ignoran toda noción temporal:

SEGUNDO

HORA

AÑO son palabras  
inexistentes.

No conocen aquí sino el ritmo del  
tornillo sin fin. La rueda golpea el  
cilindro. El cilindro golpea la rueda.  
GOLPEAN, GOLPEAN, GOLPEAN.

Recuerdo que afuera los días eran  
claros. Recuerdo el sol entrando en un  
dormitorio con cortinas azules, o  
quizá, rojas. No, azules. Azul como la  
colcha bajo la que yo y mi ingeniero  
dormíamos. Vivía desde hacía años  
con un alto ingeniero de bigote  
cuidado y grandes espaldas. Andaba  
siempre de acá para allá, poniendo  
orden en la casa, que a su juicio,

siempre estaba hecha un desastre. Después caía rendido en la cama, extenuado por el trabajo en una fábrica, donde nunca lo trataban como merecía. Sus ronquidos recorrían el dormitorio. Rodeaban la casa, como un extraño rugido de león que protegía la guarida. Y luego entraban en mi cabeza, como incesantes martillos que clavaban más adentro cada uno de mis temores. El nunca me escuchó. Solía estar demasiado ocupado. Ni siquiera despertó aquella noche que al borde del sueño, descuarticé mi vigilia a gritos. A veces, decía, cómo si descubriera un pelo en la sopa: quizá algún psicoanalista. ¡Estúpido! Acudir a un psicoanalista cuando ya no había solución. Como si esos tipos entendieran de morfogenia. O quizá ¿pensaba que estaba volviéndome loca?

Se reía. Se rió aquella mañana que en una cocina de azulejos blancos y negros, confesé, frente al fregadero que estaba cayendo en un sueño. Hablaba con la boca llena, porque, decía, adoraba mi tarta de arándanos:

- Yo también. Todas las noches caigo- hizo una pausa- redondo en la cama.

Aún me acuerdo y su risa sigue chirriando como un engranaje oxidado. Nunca me creyó. Había caído en el centro de un círculo, cerrado para todos, abierto sólo para mí. Y quería salir de él. Recorría la casa con la luz de la luna. Huía en vela, sin saber exactamente de qué, a través de puertas y cortinas que abría y cerraba, con la mirada perdida en aquellas baldosas, como un espejo, sin llegar a encontrar la jugada maestra que me



librara de un destino fatal. Las contaba una por una, como ovejas, y construía con ellas piezas enormes, imaginarias, imposibles. Eran parte de un gigantesco mecano. Pero la séptima noche el agotamiento me venció. Incapaz de continuar la construcción, todas las piezas se precipitaron. Y me hundí de manera definitiva en el que sería mi último sueño.

Ya no salí. Al principio intenté liberarme del tornillo que me sometía. Pero cuanto más giraba más me enroscaba en él. Acabé encajando a la perfección. Acabé por aceptar mi destino de arandela. Y me aferré a mi nueva existencia, hasta el punto de no temer sino ser substituida por otra pieza, más nueva, más fuerte. Arrojada para siempre a otra oscuridad aún más profunda, entre contestarias corrientes alternas que renuncian al

positivo y al negativo, corrientes hexafásicas que han perdido una fase, enchufes que no acoplan, viejos alambres, clavos oxidados o arandelas partidas.

Aquí también está oscuro. Pero a veces sus caras asoman entre los cables y las piezas de repuesto. Como si el tiempo se hubiera detenido, concentrados, de nuevo sobre la noria, en esa pequeña ciudad imaginaria con nieve artificial, donde todo está en orden. Puedo ver a mi pequeño, y sus ojos atónitos, cuando el padre acciona las luces amarillas de las diminutas farolas, cuando la noria rueda en el mismo sentido de las agujas del reloj, cuando el tren de las doce campanadas llega a la estación donde nadie le espera. Desde este, mi rincón secreto, y fiel a la ley del tornillo, y a la función que se me exige, contemplo cuánto puedo a

mi pequeño, con la esperanza de que nunca pase este tiempo, que nunca se aleje del mecano donde enrosco, que siempre pueda sentir el roce de sus manos cálidas sobre mí. Sólo a veces, deseo que se accione la biela, y el émbolo active el mecanismo, para no oír esa pregunta que Dani repite desde hace mucho, y que nadie en la casa, está dispuesto a responder. Es entonces, cuanto más que nunca deseo sentir la presión del tornillo que anida en mí, que las bisagras accionen en la dirección esperada, y que el movimiento cinético del que formo parte no me deje oír la pregunta de Dani, cuya respuesta todo el mundo omite. Entonces, más que nunca, abrazo la estructura helicoidal de mi tornillo goloso, refuerzo mi función de resorte, para generar un movimiento continuo, que nos aleje a los dos de tan incómoda pregunta.

# Constelacion

## La autora



Nacida en Valencia en 1972.  
Licenciada en Derecho y  
Comunicación Audiovisual por la  
Universidad de Valencia. Escritora de  
fábulas, en las que combina  
influencias postmodernas con otras  
más tradicionales, en las que bajo un  
propósito didáctico elabora

estructuras literarias basadas en el  
minimalismo narrativo y un cierto  
esteticismo simbolista.

Título: Constelación

Colección: Narrativa

Edición digital/ebook: Editorial

Intangible, 2011

ISBN: 978-84-939568-5-1

© de esta edición: Editorial Intangible.

© de la obra. Cristina Rausell

Portada: Elaboración a partir de la imagen “Sectional View of the earth Showing the Opening at the Poles, a diagram from Symzonia by Capt. Adam Seaborn (probably a pseudonym used by Capt. John Cleves Symmes)”.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier manera o medio, ya sea este electrónico, mecánico o de otro tipo, sin la autorización expresa del propietario de los derechos.

Editorial Intangible. Av. de Francia 4, 3-5

46023 Valencia, España  
www.editorialintangible.com  
info@editorialintangible.com

---

<sup>1</sup> N.del A. – Palabras rescatadas del vertido lingüístico.